

Lamberto Maffei

Arte y locura

Solo los locos cambiarán el mundo

Traducción de Pepa Linares



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Solo i folli cambieranno il mondo. Arte e pazzia*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2023 by Società editrice Il Mulino, Bologna
© de la traducción: Pepa Linares, 2024
© Alianza Editorial, S. A., 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-772-6
Depósito legal: M. 15.853-2024
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prólogo

- 15 I. Solo los locos pueden cambiar el mundo
 - 15 1. Erasmo de camino al país de Albión
 - 19 2. La locura tiene sus admiradores
 - 22 3. Enfermedad mental y creatividad: Franco Basaglia
 - 26 4. «Locos» y «burgueses»
 - 30 5. Una poeta en el manicomio: Alda Merini
 - 34 6. El más genial de los locos: Mozart

- 41 II. Los locos dan miedo
 - 41 1. ¿Cómo sabes tú si yo estoy loca?
 - 43 2. Los melancólicos
 - 50 3. El Basaglia de África
 - 53 4. Pintura y esquizofrenia: Munch, Ligabue, Corbaz y Ensor
 - 55 5. Van Gogh y *Les racines*

- 59 III. Pensamiento y mecanismos cerebrales
 - 59 1. El devenir incesante
 - 63 2. Hacia una carrera sin metas
 - 66 3. La dificultad de aprender cosas nuevas
 - 69 4. El cerebro: racional, irracional y loco
 - 72 5. La enfermedad: una llave del inconsciente
 - 77 6. La locura del desprecio de la ciencia
 - 82 7. La facilitación funcional paradójica

Índice

- 89 IV. El hombre es memoria
- 89 1. La memoria del futuro
- 97 2. Erasmo vuelve a pensarlo
- 99 3. Buffalmacco y los frescos del Camposanto de Pisa
- 104 4. Paul Klee
- 106 5. Los muertos sin luto

- 111 V. Constantes antropológicas y evolución cultural
- 111 1. El hombre no cambia
- 116 2. Nuevas realidades en la ciencia y el arte
- 120 3. La Secesión de Viena: Klimt, Kokoschka y Schiele

- 125 VI. La huida de lo racional
- 125 1. El manifiesto del surrealismo
- 127 2. René Magritte
- 128 3. El danzarín y el sacerdote
- 130 4. Surrealismo en femenino

- 135 Epílogo: El hombre serial

- 143 Lecturas recomendadas

*A mi mujer Maria Grazia Fucci,
por haber pensado y editado cada palabra
de este libro*

Prólogo

Solo los que están tan locos como para pensar que pueden cambiar el mundo lo cambiarán de verdad.

ALBERT EINSTEIN

Queriendo hablar de la locura, pensé en aquel Diógenes de Sinope (siglo IV a. C.), que un poco loco sí estaba, la verdad; tanto como para vivir dentro de un barril y mostrar una actitud vergonzosa y carente de respeto con las convenciones. Se cuenta que una vez, en pleno día, salió del barril con un farol en la mano y cuando le preguntaron qué hacía, contestó: «Busco un hombre» (tal vez quería decir un hombre distinto, honrado, ajeno a los convencionalismos, libre). Lo llamaron «el Sócrates loco», porque de Sócrates había sido discípulo, y el pueblo lo llamó «el perro» (*kyon*, *kynos*, en griego), de donde viene la palabra *cinismo* para nombrar el movimiento filosófico que fundó, entre otros, con su maestro Antístenes. Mejor vivir con poco o nada, pero conforme a la naturaleza, libre de las leyes y las convenciones, despreciando los placeres

y todo lo que es superfluo. En efecto, se dice que renunció a la escudilla para beber solo porque había visto a un niño que bebía en el hueco de las manos.

Dante lo sitúa en el Limbo, y lo incluye entre los grandes espíritus del canto IV del Infierno:

Demócrito, y su azar como proceso,
Diógenes, Anaxágoras y Tales,
Empédocles, Heráclito; a más de eso, Zenón¹.

En el fondo, cada cual lleva en su fuero interno fabulaciones y pensamientos extravagantes que garabatea en páginas dispersas por los cajones del escritorio, y que de cuando en cuando lee y relee para cerciorarse de que está vivo. A fin de cuentas, en un mundo en el que reina la búsqueda de lo superfluo y del placer, la homologación del pensamiento, de los deseos y las costumbres; donde, por desgracia, las armas se ejercitan en el tiro al blanco contra los hombres para matarlos, y donde predomina la falta de honradez, dedicarles un breve pensamiento a Sócrates o a Diógenes de Sinope para reconsiderar nuestra vida, no digo para revolucionarla, sino al menos para moderarla, no sería tan extravagante.

Hay quien dice que tal vez de esta nueva situación cultural, impropriamente considerada regresión e ignorancia,

1. Dante Alighieri, *Divina comedia*, versión poética de Abilio Echeverría, Alianza Editorial, Madrid, 2013.

nos salvará la belleza, pero puede que la belleza sea distinta y llegue a parecernos bello lo que de alguna manera nos sugieran que lo es; y justo, lo que nos sugieran que es justo.

No hay que maravillarse: vivimos en un mundo de cambios veloces, inesperados y sorprendentes, que se imponen sin encontrar resistencia o alternativas. El pasto de los nuevos rebaños es el poder económico y militar, y el bienestar consiste más en pacer que en pensar.

La belleza, concepto potencialmente mudable, no salvará a nadie; más bien me atrevo a imaginar hombres distintos, ajenos a las convenciones, un poco locos (como diría Einstein), que quizá no se salven a sí mismos, pero que cambiarán el mundo, o un pedacito de él. En la historia del hombre, la enfermedad psíquica sobre todo, aunque no únicamente, ha demostrado ser sorprendentemente eficaz para decir a gritos algo distinto, para rebelarse ante la homologación del pensamiento. Quizá ha llegado también para nosotros la hora de salir a la calle en pleno día, con el farol de la mente, y contestar a quien nos pregunte qué hacemos: «Buscamos al hombre».

En un ensayo anterior, titulado *Alabanza de la lentitud* (Alianza Editorial, 2016), observaba yo que en la vida se producen dos acontecimientos esenciales, el nacimiento y la muerte, y que apresurarse para el segundo acontecimiento sin reflexionar sobre nuestro paso por el mundo es una solución muy discutible.

Diógenes no se apresuró, vivió hasta la avanzadísima edad de ochenta y nueve años.

Los locos, sobre todo para los otros locos, son más simpáticos que los normales, para los cuales, por el contrario, resultan de difícil digestión, tanto que estos suelen recurrir a los oportunos remedios para el dolor de estómago. De esos locos quiero recordar aquí a uno que, cuando se hartó de hacerse el serio, se volvió muy divertido. Me refiero a Erasmo de Rotterdam, al que encontraremos en el próximo capítulo.

Doy mi más profundo agradecimiento a Daniele Malaguti, que siguió la escritura de este pequeño ensayo con atención y gran profesionalidad, sugiriéndome lecturas que han cambiado los conceptos y el tono de muchas páginas del libro.

I. Solo los locos pueden cambiar el mundo

1. Erasmo de camino al país de Albión

Erasmo de Rotterdam, teólogo, humanista y filósofo holandés, nacido en torno a 1466 y muerto en 1536, pasó mucho tiempo en Italia, casi tres años, visitando todas las bibliotecas, de las que, como suele decirse, era un auténtico ratón; lo de ratón de biblioteca, en su caso, no tiene el significado de roer libros, sino de roer contenidos. Escribía solo en latín, aunque le apasionaba el griego, que había enseñado en Berlín. Era un teólogo un poco raro, tanto que rechazó el cardenalato porque pensaba que todos los príncipes, incluidos los de la Iglesia, estaban más gordos que delgados. En resumen, un gran humanista que leía, enseñaba y quizá también rezaba, aunque de esta última ocupación no nos han llegado datos seguros. Un

tipo serio a más no poder y muy conocido en toda Europa por sus vastos conocimientos en múltiples campos del saber.

Pues bien, este Erasmo partió de Italia en 1509 para dirigirse al país de Albión: Inglaterra. Iba con los medios de la época, es decir, a caballo. El viaje no se acababa nunca y Erasmo ya no era tan joven; los cincuenta se le echaban encima y cabalgar resultaba muy aburrido; además, todas aquellas sacudidas en la silla no le permitían sumergirse en sus pensamientos, es decir, trabajar, pensar. La espalda, sobre todo el final de la espalda, se resentía. Pensar no podía pero fantasear, sí; podía perderse en banalidades y locuras a las que de ninguna manera acostumbraba y de las que en condiciones normales, por ejemplo, en una biblioteca, se habría avergonzado bastante; pero sobre el caballo, en un sendero desierto en el que no se veía un alma viva, podía permitirse lo no permisible.

Y así fue como Erasmo comenzó a pensar en una diosa, una mujer alegórica, la Locura, a quien de ahora en adelante, para entendernos, llamaremos Doña Locura, probablemente una hermosa joven de curvas sinuosas y bastante apetecible a la vista, amiga íntima de la fantasía y del pensamiento irrelevante. Y esta Doña Locura comenzó a insinuarle al oído unas ideas extrañas, como las que usaban los habitantes del Olimpo con los pobres habitantes de la Grecia antigua, a los que animaban a hacer y deshacer, y, en el

caso concreto de Erasmo, con su dolorcillo al final de la espalda, a pensar y no pensar, con predominio de lo segundo.

Erasmo imaginaba que Doña Locura hacía su propio elogio delante de un amplio público presentándose como el instinto vital y creativo indispensable para la vida, y que declamaba así:

Sé muy bien lo que dice de mí la gente, pues no se me oculta la mala fama que tengo, aun entre los más necios. Pero yo soy la única, sí, la única, que, cuando quiero, hago reír a los dioses y a los hombres. Y prueba evidente de ello es que tan pronto como he comenzado a hablar ante esta numerosa audiencia vuestros rostros se han iluminado con nueva y no acostumbrada alegría. Habéis desarreglado el ceño, acompañando vuestro aplauso con una risa franca y amable. Al veros me ha parecido que, como los dioses homéricos, estáis borrachos de néctar mezclado con nepenta, mientras que antes, aparecíais tristes y hundidos en vuestros asientos, como recién salidos de la cueva de Trofonio¹.

Y Doña Locura susurraba con una vocecilla de diosa al oído izquierdo de Erasmo palabras insinuantes y atrayentes que el caballo, en cambio, no podía oír, pues de otro modo habría reducido el

1. Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura*, trad. Pedro Rodríguez Santidrián, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

galope, porque para fantasear hay que alargar el tiempo del viaje, ya que la fantasía nunca tiene prisa por llegar.

Erasmus –susurraba Doña Locura–, ¿alguna vez has reflexionado en que además del pensamiento existen también el sol y la luna y tu cuerpo y el prurito de tus sentidos, que quisieran ser libres y estar satisfechos? Además de la razón –pero ¿qué es eso?– existen la fantasía, la emoción, la alegría, el gozo de vivir. La razón nunca ríe, solo cansa y entristece.

Doña Locura tenía ya un enorme éxito entre el pueblo, pero también Erasmus comenzaba a experimentar los efectos de su fascinación. Tantos días encerrado en las bibliotecas, entre libros y más libros, y todo para ser como sus ilustres colegas y ganar notoriedad. Y el caballo galopaba y Erasmus fantaseaba. «Cuando llegue al país de Albión –pensaba–, se lo diré a mi amigo Thomas Moore, que es más sabio e inteligente que Demócrito. Además, Moore suena a *Moriae*, que en griego significa precisamente ‘locura’. A él le dedicaré mi próximo libro, que se titulará *Moriae encomium*. También Thomas, más sabio que Demócrito, está quizá un poco loco».

Pero ¿qué tendrá de bueno esa bendita locura?, se preguntaba el caballo, y pegaba en el suelo con el casco de la pata anterior derecha, aunque no encontraba respuesta.

2. La locura tiene sus admiradores

Existe una amplia literatura, un poco vaga pero fascinante, sobre la posible relación de la locura con la creatividad. En tales contextos, el término «locura» no se refiere, en un sentido médico, a un diagnóstico de enfermedad mental grave, sino a unas manifestaciones transitorias que pueden aproximarse a ciertas enfermedades neurológicas o psiquiátricas. Esta aproximación, con matices de diverso grado, es real en todos nosotros; es la «psicopatología de la vida cotidiana», pero son también los vuelos inesperados por mundos sin explorar.

Locura quiere decir que existen personas distintas, personas que han perdido el sentido común, el cual, según Picasso, limita la creatividad. Las personas que salen del rebaño de ovejas de la globalización del pensamiento se podrían calificar de locas. Se dice que los artistas y los científicos están todos un poco locos, porque tienen un pensamiento y una vida distintos y se despreocupan de las costumbres.

El escritorzuelo piensa que todos estamos un poco locos, pero que nos escondemos con mucho cuidado entre el rebaño de los normales, porque vivir al margen de las costumbres, de la masa, algunos dicen de la «burguesía», da vergüenza y muchas veces es peligroso.

Es tan difícil ser distinto a los demás y salirse del rebaño que con frecuencia, con mucha frecuencia, resulta que la enfermedad psíquica y no solo psíquica ayuda a

conseguirlo. Ayuda porque te lleva por caminos distintos y te obliga a conocer nuevas realidades que también tienen las otras ovejas, pero que están aprisionadas no sé cómo ni dónde, tanto que algunos a ese no sé dónde lo llaman «el inconsciente». Yo, el escritorzuelo, sé que llevo dentro algo que me gustaría examinar y que, en lugar de inconsciente, llamo «alma». Ahora bien, si me preguntas qué es el inconsciente, yo sé lo que es, pero no sabría decírtelo. Me encuentro en el caso de la conocida «cuestión del tiempo» de san Agustín, que sabía lo que era el tiempo pero no sabía explicárselo a otro.

Hay dentro del cuerpo unos objetos –objetos porque desde luego se materializan en él–, objetos de emociones, de pensamiento, de imágenes, de sonidos, que son tuyos, sabes que los tienes pero no puedes ceder, salvo cuando interviene la enfermedad, la cual, muchas veces, más que ser un mal (del latín *male aptus*) o algo destructivo, se vuelve constructiva: un grito de libertad al margen de la observancia de las leyes y la religión.

El hecho de que enfermedades psíquicas como la depresión o los fenómenos no graves y transitorios de bipolaridad, en los que se alternan los estados de excitación y depresión acompañados de rarezas intelectuales o conductuales, que hemos llamado locura, puedan tener alguna relación con la creatividad es algo que se sabe desde hace mucho tiempo y que aparece ya en Aristóteles. En efecto, la relación entre creatividad y locura se remonta a una nota inserta en

el *canon aristotélico*, que conocemos con el nombre de *Problema XXX*:

¿Por qué todos los hombres excepcionales en la actividad filosófica y política, artística y literaria, tienen un temperamento melancólico, algunos hasta el punto de verse afectados por los estados patológicos que de ello se derivan?

Entre los filósofos se cita a Sócrates, Platón y Empédocles. Se sabe por sus escritos que eran individuos especiales, mirados con desconfianza, que muchas veces (pienso en Sócrates) pagaron con la vida su *locura creativa*.

Shakespeare habla de eso en *El sueño de una noche de verano* (acto V, escena I), cuando pone en boca del gran duque Teseo:

Dejemos a los amantes y a esas imaginaciones ardientes,
a esas extravagantes fantasías
que van más allá de lo que la razón puede percibir.
El loco, el amante y el poeta son todo imaginación².

El poeta quiere transmitirnos la idea de que la locura puede ser una condición estimulante para la creatividad, el arte, el sueño y la fantasía. El sano, el que razona fríamente, es todo razonamiento.

2. William Shakespeare, *Sueño de una noche de verano*, trad. Luis Astrana Marín, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

Muchos pensadores han reflexionado sobre las distintas caras de la locura, entre ellos hay que recordar a Michel Foucault en su magnífico libro *Historia de la locura en la época clásica* (1988). Me limito a citar esta única frase: «Del hombre al hombre verdadero, el camino pasa a través del hombre loco».

Escribía el poeta Rimbaud que la poesía solo puede nacer de un trastorno de los sentidos; de la necesidad de gritar, cantar y, diría yo, de vomitar sonidos, palabras, signos y colores que están en alguna parte del ser, como una terapia para continuar viviendo.

3. Enfermedad mental y creatividad: Franco Basaglia

El primer psiquiatra que se interesó científicamente por la relación de la enfermedad mental con la creatividad fue Hans Prinzhorn (1886-1933), hombre de cultura poliédrica y profundo conocedor de la historia del arte, que, después de estudiar medicina en la clínica de Heidelberg, hizo a este propósito unas observaciones estadísticas muy precisas. Su nombre fue y continúa siendo muy conocido y sus datos siguen citándose entre los más valiosos sobre el tema. Su principal obra docta apareció en 1922 con el título de *Bildnerlei der Geisteskranken* (traduzco libremente como «Las artes plásticas de los enfermos mentales»). Por su creciente interés, la obra se tradujo al italiano

en 1991 y posteriormente, en 2011, con el título de *L'arte dei folli*.

En 1921, el profesor Prinzhorn comunicó sus resultados en Viena durante una conferencia que obtuvo un gran éxito, en la que estuvieron presentes médicos y científicos, entre ellos Sigmund Freud.

Prinzhorn es el fundador de la psicopatología, cuyas dinámicas están con frecuencia en la base de muchas obras de arte, especialmente del arte moderno. Escribía así:

La esquizofrenia es seguramente uno de los posibles modos, compatibles con la vida, de ser hombres, aunque exige de aquellos que la sufren la increíble fuerza de reinventar continuamente la realidad para así continuar existiendo en un mundo en el que tales personas perciben la imposibilidad de comprender y de ser comprendidas y sufren por ese motivo.

Estas palabras del psiquiatra me parecen sorprendentemente modernas, ya que describen una situación característica de nuestra vida actual, que vive y busca nuevas realidades y que debe reinventar en todo momento la actitud, el trabajo e incluso las palabras y la propia lengua. La palabra alemana *Geisteskranken* tiene, al menos para mi oído, un sonido duro, como si indicara la gravedad del significado de tener la mente enferma (o el espíritu, *Geist*). Puede que también nosotros estemos afectados por una enfermedad

mental colectiva que nos vuelve inseguros en cuanto al pasado, al futuro y a los valores a los que acogernos en nuestra angustia oculta, que es una manifestación del hastío y la inutilidad de vivir.

Puede que el mundo, al menos el nuestro, se haya convertido en algo comparable a una gran clínica psiquiátrica y que Prinzhorn pudiera incluirnos en la estadística de sus *Geisteskranken*. La globalización ha sido como la pandemia de la COVID-19: ha difundido la enfermedad de la incertidumbre y de la búsqueda de una nueva realidad, entidad contingente pero escurridiza, que de hecho no existe como meta de llegada. Quizá por eso vivimos en la época de la velocidad, en un intento de huir de la vida real.

Ulrich Beck trató en su interesante obra *La sociedad del riesgo* algunos aspectos de la incertidumbre inducidos por la *globalización y sobre todo por el veloz desarrollo* de la tecnología, que él denomina *incertidumbres fabricadas*, a las que no resulta posible aplicar una probabilidad y que son, por tanto, incontrolables.

Los monstruos que ha producido el sueño de la razón en este caso específico son los peligros del nuevo mundo creados por la tecnología, es decir, por nosotros mismos.

Años después, Franco Basaglia escribiría una frase sobre la locura que la devuelve a la *fisiología* del sistema nervioso: «La locura es una condición humana. Existe en nosotros y está tan presente como lo está la razón».

Los estudiosos del cerebro, como yo mismo, subscriben esa conclusión incluso a la luz de las investigaciones científicas más recientes.

Las neuronas son la base de los procesos mentales de la razón humana, pero notablemente influenciadas por el contexto vital del sujeto, varían su actividad y su bioquímica, y son también la base de los procesos creativos y de los procesos de grave disfunción mental. Importa recordar que las neuronas no son máquinas estables, puesto que presentan una notable plasticidad y cambian su función con la edad y con los estímulos ambientales a los que se ven sometidas.

Franco Basaglia (1924-1980) fue sin duda el más genial y conocido de los psiquiatras italianos del siglo pasado. De amplia cultura humanista, influido por la obra de Michel Foucault y también por la de Jean-Paul Sartre, revolucionó el concepto y la terapia de las enfermedades psiquiátricas. Su experiencia, madurada en el hospital neuropsiquiátrico de Gorizia y posteriormente en Trieste, le llevó a considerar al paciente un ingresado al que curar solo con fármacos, sin encierros, electrochoques u otras manipulaciones de hecho muy parecidas a una tortura inhumana. Su obra tuvo como consecuencia, a pesar de las muchas adversidades, el cierre de los manicomios mediante la ley 180 de 1978, llamada precisamente *Ley Basaglia*. La nueva psiquiatría de Basaglia se adoptó oficialmente, pero